

2.

VARELLITO







Handwritten signature or initials, possibly "Hed" or "Hedl", written in dark ink on a light-colored, textured paper.

UNO AL SESGO

LOS ASES
DEL TOREO



VARELITO

Gas Hnos. & Mercader
Editores

30 cts.

Obras autorizadas del mismo autor

□ □ □

Con el pseudónimo
EL NIÑO DE DIOS

El primer toro I aguilón.

Neología tauroma.

Recortes y gallos.

Tramas del toro.

LOS ASES DEL TOREO

Con el pseudónimo
UNO AL SEISGO

Los reyes del toro.

Almanaque del toro 1911.

Chistes tauromas.

Los chimeros del gallinero.

El que ve los toros.

Losillo el «Gallo».

Novísimo diccionario ilustrado de tauromas.
(En publicación)

Los ases del toro.

Obras taurómacas del mismo autor



Con el pseudónimo
EL NIÑO DE DIOS

El primer torero Lagartijo.

Necrología taurina.

Recortes y galleos.

Dramas del toreo.

LOS ASSES DEL TOREO

Con el pseudónimo
UNO AL SESGO

Los reyes del toreo.

Almanaque del toreo 1911.

Chistes taurinos.

Los crímenes del gallismo.

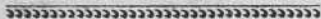
El arte de ver los toros.

Joselito el «Gallo».

Novísimo diccionario ilustrado de tauromaquia.
(En publicación)

Los ases del toreo.

UNO AL SESGO



LOS ASES DEL TOREO

ESTUDIO CRÍTICO BIOGRÁFICO
DE LOS PRINCIPALES DIESTROS
DE LA ACTUALIDAD

ES PROPIEDAD



BARCELONA

Gas Hnos. & Mercader, impresores y editores
Córcega, n.º 257 ————— Teléfono 1663 G

1921



LINOTAL SEGO

LOS ASES DEL TORO

ESTUDIO CRÍTICO BIográfico
DE LOS PRINCIPALES DIESTROS
DE LA ACTUALIDAD

ES PROPIEDAD



BARCELONA

Gas Llorens & Mercader, impresores y editores
Córcega, n.º 257 — Teléfono 1663 0

1931

Manuel Varé y García

Varelito

*A mi querido y viejo amigo
y cofrade, Angel Caamaño,
con un abrazo.*

EL AUTOR

I

Suele ocurrir que los hombres cargamos con la responsabilidad de una reputación a un individuo, en muchos casos por el solo deseo de favorecerle, y con ello le hacemos un flaquísimo servicio.

Esto, que no existe nadie que no haya podido comprobar, no nos sirve de experiencia, y por gracioso tenemos al señor que un día determinado nos hizo gracia; por valiente, al otro que en cierta circunstancia dió la cara; por erudito, al que tuvo la fortuna de colocar tres citas oportu-

nas en un rato de conversación, y así sucesivamente.

Y el gracioso, el valiente o el erudito, o serán eso, como la fama se extienda, o no serán nada.

Las gentes forman un juicio, y de él no se apean, acaso porque complicaría la vida tener que irlo modificando, y todos preferimos ser en la materia simplistas. Se nos vende a un señor como filósofo, por filósofo lo aceptamos, y una vez encasillado, encasillado queda para siempre, aunque por lado alguno aparezca la filosofía.

Si cuando escribo de toros y toreros no sufriera la preocupación de no invadir campos que se mé antojan vedados, acaso porque tengo presente que «toda afectación es mala», y por afectación, por prurito de distinguirme podría tomarse la promiscuidad del saber taurómico con otros saberes, ahora me sería fácil citar ejemplos que coadyuvasen a reforzar lo que acabo de exponer; pero renuncio a ello, y vuelvo a apelar a la observación del lector para dar como sentido el principio de que en lo que a famas y reputaciones se refiere más en cuenta se tienen los dichos que los hechos.

Esto explica que abundan en todas las plazas los aficionados «de oído», y que en la mayoría de las veces se impongan a los de «vista», y es porque el «ver por los propios ojos» no es facultad tan general y desarrollada como se nos figura, y en cambio ver con ojos extraños está al alcance de cualquiera.

A los toros, como a muchas otras partes, va el espectador, influído, sugestionado por la «Guía»,

el Baedeker, que le ahorra actividad mental, y gracias a ella, sabe cuándo ha de entusiasmarse con el «Gallo», y cuándo ha de reirse de él; en qué lances de Belmonte ha de prorrumpir en ¡olés!; en qué momentos de Freg o «Varelito» ha de ponerse de pie y lanzar el ¡oooh!; ahora, lo que las «Guías» no dicen es que «Gallo», Belmonte, Freg y «Varelito», no en todas las ocasiones responden a su fama, y cuando esto acontece ya están los aficionados de «oído» desconcertados, se creen defraudados y manifiestan su desagrado.

El «Gallo», o ha de atolondrar a los públicos con sus «fantasías sobre motivos taurómacos», o ha de indignarles con sus «espantás»; si una tarde torea sobriamente, y mata en regla, esa tarde es considerada como gris, por la muchedumbre; y por si alguien lo duda, ahí está lo ocurrido el 26 de Junio de 1921 en la Monumental de Barcelona, corrida de la Prensa, en la que Rafael, en el cuarto toro, ejecutó lo mejor que como torero de verdad ha hecho en su vida, y no se le aplaudió tanto como otras veces; si Sánchez Mejías no fuerza el toreo, no banderillea de dentro afuera en escaso terreno y no se sienta en el estribo por lo menos una vez al torear de muleta, en esa corrida Sánchez Mejías es otro Sánchez, y gran parte del público se llama a engaño.

Pero en todo eso, es decir, en que Rafael eche mano de las fantasías, e Ignacio de los trucos, no hay gran daño; en cambio, en exigir a «Varelito» que todas las tardes responda a la fama que se le ha adjudicado hay un riesgo enorme.

Y porque existe ese gran riesgo, decía al prin-

cipio que a veces, los hombres cargamos con la responsabilidad de una reputación a un individuo, en muchos casos por el deseo de favorecerle, y con ello le prestamos un flaquísimo servicio.

«Varelito» ha matado bien muchos toros; tiene un estilo de estoqueador que llega al público, y no está tanto su mérito en el modo de ejecutar la suerte como en el de engendrarla, aunque en todo haya emoción.

Así como hay tranquillos que restan mérito a un determinado lance, porque se advierte que con ellos se obvian dificultades, el tranquilo de Manuel, al matar, más parece que las aumenta, y tiene aún la ventaja de dar la sensación de que no mata con facilidad.

No es la zambullida del «Algabeño», en la que bastaba ver enhilado al matador para dar por muerto al toro de una gran estocada que no siempre quedaba en lo alto de las agujas, pues las más de las veces resultaban descolgadas, no; «Varelito» no tiene nada que ver con «Algabeño» como estoqueador, ni nada que ver con «Machaquito», ni con Vicente Pastor, ni con Malla, ni con nadie, porque eso es precisamente lo que hace de Manuel un torero no vulgar, el que posee estilo, o si se quiere, *tranquillo* propio.

Pues bien, ese tranquilo del trianero, no parece a los ojos del espectador un truco para amignorar el riesgo, y esa ventaja tiene sobre muchos otros toreros que tarde o temprano, «a la hora de la verdad» descubren el cartón.

Más tarde analizaremos el tal tranquilo; de momento digamos que como ni el suyo ni el de nadie dan la inmunidad absoluta, y menos el su-

yo que el de nadie, sobre «Varelito» pesa la responsabilidad de una fama que hasta el presente le ha valido serios percances, y por lo tanto sería un bien descargarle en gran parte de ella.

Eso es lo que al comienzo quería yo decir, y eso es lo que ahora digo sin ambages ni rodeos.

Ser matador de toros, cuando los toros se han de matar en esa suerte que seguimos llamando *volapié*, pero que ha dejado de serlo, hasta el punto de que en que los pies no vuelen, estriba actualmente su mayor mérito; ser matador de toros ofrece muchas más dificultades de las que el público en general aprecia.

El espectador, a fuerza de hábito y atenido siempre a la rutina ya no ve en la estocada sino un lance más, cuando en realidad es algo que se sale de las reglas de la tauromaquia, como puede demostrarse con un ligero examen de lo que podríamos llamar bases de la tauromaquia.

¿Cuáles son éstas?

El toreo se basa en la acometividad de la fiera y todas las reglas fracasan ante la pasividad de acuélla: el lidiador provoca a su enemigo, pero jamás toma la ofensiva, y de ahí resulta la relativa facilidad para ganarle la acción a la res, que al embestir, al tomar la ofensiva ella, lo hace ciegamente, directa al bulto que no prevé que se le pueda escapar con un cuarteo o con un quiebro o valiéndose simplemente del engaño de la capa.

Troquemos los papeles: sea el hombre el que acometa y el toro el que se mantenga a la defensiva, y no hay lidia posible.

Pues esto es lo que ocurre con la forma de es-

toquear a *volapié*; el que embiste es el diestro; el que torea, la res.

Joaquín Rodríguez, «Costillares», inventor de esta estocada, nunca pudo suponer que andando el tiempo la suerte que había él innovado como recurso, para los casos en que los toros no acudiesen, por muy aplomados, al cite de la muleta para ser «recibidos a la muerte», había de transformarse en la forma única de matar, claro es que con modificaciones que la convierten en una cosa intermedia entre el *volapié* propiamente dicho y la estocada *recibiendo*.

«Pepeillo», el tratadista más próximo a «Costillares», del que fué discípulo, define en su *Tauromaquia o Arte de torear*, de este modo el *volapié*:

«Consiste en que el diestro se sitúa a la muerte con el toro, ocupando cumplidamente su terreno, y luego que al cite de la muleta humilla y se descubre, corre hacia él poniéndosela en el centro, y dejándose caer sobre el toro mete la espada y sale con pies.

Esta suerte es lucidísima, y con ella se dan las mejores estocadas, y se hace a toda clase de toros como humillen y se descubran algún poco. Pero no es siempre ocasión de ejecutarla, sino sólo cuando los toros están sin piernas y tardos en embestir.»

Fíjese el lector que para ejecutar el *volapié clásico*, el de «Costillares», son condiciones precisas que los toros estén aplomados y no embistan, es decir, «que no hagan nada por el torero», que «ha de meter el estoque dejándose caer sobre el toro y salir con pies.»

Téngase esto presente.

Esto es lo que escribía o dictaba o autorizaba José Delgado, «Illo», a fines del siglo XVIII, y se publicaba en 1796 en Cádiz.

Cuarenta años más tarde, Francisco Montes, «Paquiro», el que en su tiempo fué llamado Napoleón de los toreros, y en mi concepto con «Guerrita» y «Joselito» forma el terceto cumbre de la tauromaquia; ese «Paquiro», pues, para el que el toreo no tenía secretos, al escribir o firmar el tratado de tauromaquia de que probablemente es autor D. Santos López Pelegrín, *Abenamor*, dice de la estocada a *volapié*:

«Es susceptible de hacerse con toda clase de toros, siempre que se hallen en el estado de aplomados, único oportuno para ejecutarla con toda seguridad.

El modo de practicarla es muy sencillo, pues consiste en armarse el diestro para la muerte sobre corto, por razón de que el toro no arranca, lo cual es requisito preciso para la suerte, que por esto también la llaman algunos a *toro parado*: estando, pues, armado así se espera el momento en que el toro tenga la cabeza natural, y yéndose con prontitud a él se le acercará la muleta al hocico, bajándola hasta el suelo para que humille bien y se descubra, hecho lo cual se mete la espada, saliendo del centro con todos los pies.»

.. .. .
 «El estado aplomado del toro es absolutamente indispensable para verificar con seguridad una suerte que se funda en su completa inmovilidad. Son funestísimos los resultados que acarrearía el desprecio de este precepto. Si por no estar ver-

aderamente aplomado arranca hacia el diestro después que éste salió hacia él, ¡cuán probable es la cogida!»

Como el lector acaba de ver, en tiempo de antes todavía, el *volapié clásico* requería la completa inmovilidad del toro y que el diestro acoetiese y saliera de la suerte con todos los pies. Siga tomando nota.

Pasan los años, estamos en 1868, ya la suerte *recibir* apenas si algún que otro torero la recuta; el *volapié* triunfa y reina.

Pero veamos lo que es ya el *volapié*, y para lo nada mejor que copiar el consejo que le daba *El Mengue*, el autorizadísimo periódico, de Antonio Sánchez, «el Tato», al apreciar su trabajo en la tarde del 14 de Abril de 1868:

«A los toros se les hiere *avisándolos* con la muleta montada sobre el pico del palo, cuando de la posición natural *humillan* para *cogerla*. Entonces enseñan el *morrillo*, y los matadores que tienen conciencia para *verlos llegar* les *meten* la mano con conocimiento, y se *salen fuera del cacho*.»

Ya no es requisito preciso la *inmovilidad* del toro; ya necesita el matador *conciencia* para *verlo llegar*; ya el toro *ayuda* al torero.

El *clásico volapié*, el de «Costillares», se transforma en la estocada *arrancando*, y éste es el nombre que *El Mengue* da a la mayoría de las de Antonio Sánchez, «el Tato».

La evolución era fatal, no podía escapar a esa ley el lance torero tampoco, y las razones son obvias.

El *volapié*, en unos cuantos años, pasó de esto-

cada de *recurso*, admitida tan solo para las reses que no podían ser *recibidas*, a suerte apta para estoquear todo género de reses, y por lo tanto ya se hizo preciso revestirla de un cierto lustro, de una cierta gallardía, de una cierta vistosidad, que paulatinamente van en aumento hasta crear de Joselito Redondo, a nuestros días, la categoría de grandes matadores, a la par que las dificultades de ejecución van creciendo.

El *volapié* actual, muy superior al *clásico*, de «Costillares», no es ya ese modo de estoqueo seguro y fácil de que nos hablan «Pepeillo» y Montes en sus tratados; tan difícil es, que pocos son los lidiadores que sin un *tranquillo* salvador pueden mantenerse largo tiempo en los ruedos, porque dependiendo el resultado tanto de la acción del toro como del diestro, no siempre aquél responde a las exigencias de éste, ni en el momento de acometer mantiene constantemente sus características, es decir, aquellas peculiaridades que el torero ha observado y tiene en cuenta al consumir la suerte.

En la estocada *recibiendo*, teóricamente cuando menos, como es la fiera la que parte, la que ataca, al hombre le queda el recurso de mejorar el terreno, y hasta de pasarse sin herir, o hacerlo al *encuentro* si considera que el toro no acomete proporcionado; en el *volapié*, una vez hecho el avance, el torero queda a merced del toro, y todas las reglas que suponemos infalibles fallan a lo mejor, desde el cruce a meter la muleta en el hocico del animal; como tampoco es raro que los haya que no obedezcan a sus querencias y hagan

mucho por el matador cuando se esperaba que hicieran poco, o viceversa, etc., etc.

Decididamente, es una aventura arriesgada matar toros a *volapié*, y no creo que el lector lo dude. Si así es, considere si me faltaba razón al asegurar que cargar con la reputación de matador de toros a un amigo es hacerle un flaquísimo servicio, porque ya puede el *reputado* tratar de manumitirse de esa fama, afinando en el toreo. Matador de toros se le proclamó, y matándolos ha de mantener su cartel. ¡No hay remedio!

Este es el caso de «Varelito», que con mucha afición y mucho pundonor, sufre las consecuencias de su reputación, sabiendo mejor que muchos a todo lo que se expone.

II

Manuel Varé y García es un sevillano nacido en Triana el 20 de Septiembre de 1894.

Nacer en Sevilla es tener ya algo adelantado para ser torero, no porque todos los sevillanos hayan de ser toreros, ni todos los toreros sevillanos, sino porque en aquella tierra, y ya casi en ninguna, se considera una locura meterse a lidiador de reses bravas, porque existen medios y estímulos para hacer el aprendizaje, y porque es el país de la guapeza y de la gracia, dos cosas muy útiles para la profesión.

«Varelito», como tantos otros chicuelos, aprendió a torear cuando aún no estaba en edad de pensar en querer ser torero, y poco a poco se fué haciendo, hasta que un día le dijeron que ya lo era, y se decidió a continuar. Esa decisión es la verdadera causa de tantas coletas; la falta de ella, en el momento crítico, es la que hace perder muchísimas más.

Ni lo lamento ni lo celebro; hago constar el hecho, para repetir una vez más que el nacer en Sevilla o Córdoba, y jugar al toro en la niñez es cosa que ocurre a miles de varones todos los años, y nada dice respecto a los futuros destinos del sevillano o cordobés.

Sea de ello lo que fuere, por lo que atañe al

espada trianero, de su vocación y comienzos taurómacos, tengo a la vista un relato publicado el año pasado en *La Corrida*, y como es el propio Manuel el que habla, dejando a *Armando Cisco* la responsabilidad de la autenticidad, me parece muy del caso transcribirlo.

Dice así:

«—¿Qué cómo empecé en mí la afición? Pues ensayándome con un «carnero» que utilizaba ante la puerta de mi casa, o sea en la «Venta» que por aquella fecha poseían mis padres en el camino de San Juan de Aznalfarache. Esto sucedía cuando apenas contaba once años de edad, y todos cuantos pasaban por aquel contorno se fijaban en la forma mía de torear, causándoles gran sensación cuanto realizaba ante aquella «terrible» fierra, un torero de... «ochenta centímetros» de estatura.

Por esta época hice mi presentación en una escuela taurina que había fundado «Joaquín el del Horno», antiguo banderillero de Qunito.

En la mencionada escuela me vió una tarde Ignacio (un primo de Bombita), y tanto le gustó mi trabajo, que me llevó de banderillero en una cuadrilla de muchachos que él dirigía y de la cual eran matadores el hoy Bombita IV (Manuel García) y José Puertas, «Pepete».

—¿Cuál fué la vez primera que vestiste el traje de luces?

—En Jerez de los Caballeros, con la citada cuadrilla, en cuya fecha todavía no había cumplido los catorce años.

El primer becerro que maté fué en Fuentes de León, pues aquella tarde salieron heridos los «ma-

tadores» de mi cuadrilla, y no tuve más remedio que empuñar los avíos, como tal matador, para salvar el conflicto. Figúrate si a pesar de mi corta edad cómo me portaría de valiente, que el público me ovacionó grandemente, y esto hizo que desde esa memorable tarde para mí, me señalaran en la indicada cuadrilla como matador para cuando había un becerro pequeño o se presentaba otro «conflicto» encargarme de echarlo fuera.

—¿...?

—¿El primer dinero que gané y... los «tres avisos» después? La primera vez que cobré dinero por mi trabajo fué en Marsella, que me dieron una moneda de oro de veinte francos; alternaba en esa corrida con «Vázquez Chico de San Bernardo» (?). Después de verme con ese capital soñé varias noches que era más rico que... Romanones; pero luego perdí mis sueños «tan ricos», porque al regreso de Marsella toreé una corrida de vacas en Barcelona, oyendo... los «tres avisos» (primera vez que he escuchado tan *simpáticas* notas de los dos cornetines), que en lugar de colocarlos en el sitio que es costumbre, en todas partes debieran tenerlos en el... «patíbulo», según maldición de ciertos «afisionaíyos» nuevos que no han pasado «las morás», como uno, para siquiera ser «gente» en la profesión

—¿...?

—Mi primera corrida con picadores fué en Tóruel, llevando de compañero a «Pepete Chico» y logrando un éxito en los dos novillos que me correspondieron

—¿...?

—El debut en Sevilla verificóse el 15 de Sep-

tiembre de 1913, matando novillos de Bueno; en dicho debut alternaban conmigo Manolo Navarro (de Brenes) y Juan Belmonte.

Tan franco fué el éxito, que visto por la afición mi gran estilo de torero valiente y seguro matador, me ajustaron seguidamente para dos novilladas abonándome quinientas pesetas por cada una. De estas dos corridas sólo toreé la primera (el 4 de Mayo) con Posadas y Pascual Bueno, teniendo la desgracia de ser cogido de gravedad, cuya herida dejó en mi rostro la cicatriz que todos veis; el marrajo era de Campos Varela.

En esa temporada perdí cuatro corridas, de resultas de dicha cogida y así me pasé cerca de cuatro años, toreando y sufriendo serios percances. Por tales causas, parece que llevo diez años de torero, no siendo esa cifra, porque durante esas diez temporadas me he llevado parte de las mismas «curándome» las 16 *cogidas, todas graves*, que me ocasionaron las reses; de una de ellas, tengo partida la clavícula y aparte de este percance me he visto operado en tres ocasiones.

Bien acredita lo expuesto, las señales de mi cuerpo que horrorizan a cualquiera, si se fijan cómo tengo el mismo acribillado de cornadas y bastante pérdida de sangre he tenido durante las mencionadas 16 cogidas.

.. .. .
—Efectivamente, la primera oreja que se cortó en Sevilla, fué la que obtuve cuando era novillero; en la tarde del 1.º de Octubre de 1915, matando el toro «Sendieron», de la ganadería de Carvajal, al que después de una buena faena de muleta le entré a matar poniendo toda mi afición

y voluntad, y así resultó, tan favorable para mí.

Esta tarde creo que fué para mí el preámbulo del porvenir que en la actualidad cuento en mi modesta profesión.

—¿...?

—El debut en Madrid era esperado con entusiasmo, pero no me acompañó la suerte para ganar repetición. Esto ocurría el 27 de Julio del año 1913, estoqueando reses de Palha en compañía de «Agujetas» (hijo) y «Pastoret».

Hasta aquí «Varelito» o *Armando Cisco*, o los dos a la limón, y como lo principal de la biografía del diestro está dicho, achaquémosle al amigo Rengel los rasgos de inmodestia en que parece que incurre el artista, y digo que parece, porque bien puede tratarse de una sincera opinión sobre sí mismo, y en ese caso no hay puesto de jactancia, sino honrada manifestación de su pensamiento; pero cargue el bueno de Rengel con el mochuelo, y fieles a nuestro procedimiento, sigamos, año por año, las campañas por «Varelito» realizadas, a contar de 1913, o sea el de su presentación en Madrid.

En *Toros y Toreros*, en 1913, dijo «Dulzuras»:

«El 27 de Julio toreó por primera vez en la plaza madrileña el sevillano Manuel Varé, «Varelito», no «Varerito», como dijeron los carteles anunciadores.

En esta corrida estuvo decidido y con deseos de quedar bien, matando mejor el sexto toro que el tercero.

Muy poco ha sido lo que ha toreado fuera de la corte, pues sólo tengo noticia de algunas novilladas en Sevilla, y nada más.»

«Recortes» y «Marcelo» en *Toros y Toreros* en 1914, decían:

«Tampoco ha vuelto a Madrid este torero sevillano, que la tarde de su presentación no disgustó al público, pues se le vió decidido y mató muy bien el toro de Palha que le salió en segundo lugar.

Ha hecho una regular campaña, y los periódicos de las localidades donde actuó nos dicen va progresando en su arte, y que continúa dando la nota de valentía.

Ocho corridas le tenemos anotadas...»

Los mismos autores, en *Toros y Toreros*, en 1915:

«Continúa sin aparecer en la plaza madrileña, que viene a ser fortaleza inexpugnable para algunos, en tanto se repite una y otra vez a toreros que cuentan los fracasos por corridas.

Pero los empresarios que padecemos son así.

Ocho corridas toreó en la temporada... En todas quedó muy bien, pues es valiente y sabe su oficio.

Sufrió una grave cogida en Sevilla el 5 de Septiembre, y no ha vuelto a torear, perdiendo cuatro corridas que en dicho mes tenía contratadas.»

«Marcelo», en *Toreros y Toros*, en 1916, escribió:

«Este muchacho quedó bien en Madrid (toreó el 4 de Agosto), porque sabe su obligación y deben repetirlo, porque, a nuestro juicio, vale mucho. En Sevilla obtuvo un señalado triunfo.»

Toreó en este año doce novilladas.

«Don Ventura», en *Los Toreros*, en 1917:

«Es de lo mejor en la clase, siendo incompre-

sible que por rivalidades de Empresas no toree en Madrid. En Sevilla y otras plazas de aquella región, así como en Valencia, tiene un gran cartel.

Ha toreado bastante, y a no ser por una grave cogida que sufrió en Morón, hubiera toreado mucho más.»

Total: 23 corridas.

En 1918 su campaña de novillero fué brillante de verdad, y en las 28 corridas que toreó, y que hubiesen sido 40 sin el percance sufrido en Madrid el 25 de Agosto, confirmó el cartel de excelente matador, que desde los comienzos de su carrera se le había adjudicado.

El 26 de Septiembre, en Madrid, y en la misma corrida que Domingo González, «Dominguín», recibió la alternativa de manos del malogrado «Joselito», que le cedió la muerte del primer toro de la tarde, «Fior de jara» de nombre, negro, zaino, y perteneciente a la ganadería que por entonces poseía el Sr. García de la Lama.

Mató después el toro quinto, de Contreras, vacada que hoy pertenece a García Rico, de Salamanca, y bien estuvo en el primero, pero superior en éste.

En Sevilla toreó luego los días 28 y 29 como matador de toros, con lo que en 1918 se le apuntan tres corridas y seis toros estoqueados.

De su campaña en el siguiente dijo «Don Ventura» en *Toros y Toreros*, en 1919:

«Le han llamado algunos este año el *rey del acero* y el *Mazzantini de Triana* por su bravura al atacar con la espada y por el modo de cruzar en el momento supremo; ha dado grandes estoca-

das, y aún en muchas ocasiones que no logró hundir el sable, puso de pie a los espectadores—admirados de su denuedo—al practicar la suerte de más exposición en el toreo.

Para la próxima temporada han quedado tambaleándose algunas segundas figuras, y esto contribuirá a favorecer a «Varelito», quien ha demostrado voluntad, corazón y grandes dotes de estoqueador; ha hecho a pulso una campaña de valiente y ha dejado muy grato recuerdo en los públicos.

Sus triunfos en Sevilla y Zaragoza al terminar la temporada han sido un digno corolario de la campaña interesante que ha realizado, y su estupendo estilo de matador ha de abrirle en 1919 las puertas de muchas plazas.

En este año toreó 37 corridas, y estoqueó 79 toros.

«Don Luis», en *Toros y Toreros*, en 1920, opinó de «Varelito»:

«Su estupendo estilo de matador le abrió las puertas de muchas plazas, como aseguró «Don Ventura» en su anuario último; pero los toros no le han dejado sumar la cifra de corridas a que seguramente hubiese llegado si no se lo impiden las cornadas.

Entre las varias que sufrió, las más importantes fueron las que recibió en Orihuela, el 30 de Mayo; en Santander, el 8 de Agosto, y en San Sebastián, el 3 de Septiembre, cuya curación, a consecuencia de otra enfermedad que venía padeciendo, ha sido larga y penosa para el valiente diestro.»

En este año tomó parte en 32 corridas, y estoqueó 61 toros.

Pero de ellos, de esos 61 toros, «Carpintero», de Veragua, jugado en Madrid la tarde del 11 de Abril de 1920, merece especial mención, porque si bien es verdad que Manuel dió en Sevilla en esa temporada una feria de Abril superior, conteniendo con «Joselito», Belmonte, Sánchez Mejías y «Chicuelo», y en otras plazas fué justísimamente celebrada su labor como gran matador de toros, el 11 de Abril en Madrid, con el toro «Carpintero», dió la nota que venía anunciando como estoqueador consumado.

No vimos esa corrida, pero hemos visto muchas veces al espada trianero, y podemos formarnos idea de lo que en la muerte de ese toro pudo realizar.

P. Alvarez, el que por entonces hacía la crítica de toros en *La Correspondencia de España*, describió de este modo la ejecución:

«Fué en los tercios del 2. En la suerte natural. Juntó las manos «Carpintero», negro con bragas, bien puesto de cabeza, gordo, con morrillo, ancho de pecho y con poder. «Varelito», que está más valiente que diez novilleros locos, se perfiló en el centro del testuz, más bien hacia el lado del pitón contrario, y recreándose en los preparativos se enderezó sobre los talones, lió ceremoniosamente la muleta, que colocó baja, y se preparó a entrar. La expectación y los preliminares dieron más realce a la escena, porque ésta era continuación de otras dos en las que Varelito había sido ovacionadísimo como matador.

El diestro sevillano, pausadamente avanzó el

pie izquierdo, apoyándose sobre él, y llevando la muleta baja para que «Carpintero» descubriera las agujas, se volcó sobre él, colocando a volapié neto el más formidable estoconazo que puede darse. La res, herida mortalmente, salió del embroque rozando todo el costillar derecho en los alamares negros del traje de Varés. Pocos segundos después el veragüeno caía muerto, como caen los toros heridos en todo lo alto del morrillo.

Varelito, que había entrado a matar otras dos veces superiormente y que había sido aplaudidísimo, oyó una ovación estruendosa, una ovación de «plaza toros», de esas típicas, que sólo se ven en los circos taurinos cuando el entusiasmo se desborda y la pasión del momento se sale de su cauce.»

«Rubores» en *El Día*, se expresó así:

«Carpintero», negro, entrepelao, con menos arrobos que los ya arrastrados.

«Varelito» da varios lances, perdiendo terreno, pero haciéndose aplaudir, al terminar, por su decisión y deseo de complacernos.

Este «Carpintero» no sabe el oficio y para que no haga el ridículo dejándose quemar la divisa, hay que recurrir a toda clase de procedimientos, todos censurables, después de convertir de nuevo la plaza en el más lucido de los herraderos.

Del segundo negociado se encargan «Vito» y Prieto, y para los dos hay palmas en abundancia.

De nuevo interviene «Varelito», y, después de una buena faena de muleta, se quita la montera, la coloca detrás de sus pies para no ganar un palmo de terreno sin merecer nuestra protesta, y entra muy bien a matar para colocar una esto-

cada atravesadilla, a la que sigue un pinchazo superior, después de unos pases de tirón.

Se enfada el trianero, junta los pies a un metro de los pitones de su enemigo, se deja ir detrás de la «espá» ejecuta con la más completa perfección los tres tiempos del volapié y «sopla» una estocada COLOSALISIMA POR TODOS CONCEPTOS que mata al medio minuto. (Grandísima ovación, petición de oreja, vuelta al ruedo, saludo desde los medios y el delirio; todo, todo, merecidísimo.)

«Varelito» es hoy el primero de los matadores de toros.

¡Paso a «Varelito»!

«Pepe Laña» en *La Tribuna*:

«Tuvo Manuel Varé un detalle muy significativo y digno del apuntamiento, al perfilarse para el primer pinchazo. Como uno de aquellos estoqueadores que servían de modelos al lápiz del mundo Perea, el sevillano «Varelito», hubo entonces de quitarse la montera tranquilamente, y sin perder la alineación con el toro, colocándola en el suelo, detrás de sus mismas zapatillas, para que se viera como no la tropezaba al entrar a matar; que aquel famoso «paso atrás» del «monstruo tau-rino de Córdoba», fundamento del título de un semanario cornigráfico, no cabe en su escuela de estoqueador concienzudo y valeroso. cuyo camino, «a la hora de la verdad», según unos y «del mayor dolor» como apuntan otros, es hacia la fiera únicamente, sin un retroceso ni una «apoyatura» que de alivio sirva, para pasar el puñal fronterizo con más desahogo y rapidez.

Después de los dos pinchazos preliminares,

aplaudidos, muy aplaudidos muy justamente por el público, Manuel cogió, al fin, la estocada de la tarde, como no podía menos de suceder. Adelantó el pie izquierdo suavemente, con su clásico estilo, hizo el viaje hacia el morrillo, marchando en «sleeping-car», y el estoque penetró despacio, centímetro a centímetro, hasta la roja guarnición. Se vió matar un toro con el aire y el compás oportunos, saliendo el diestro del peligroso trance limpio del polvo y paja, como dicen que salen «los ángeles del cielo», cuando ensayan, quizá, la bonita y difícil suerte del volapié, con el acreditado berrendo del pundonoroso San Marcos, divino patrón de la ganadería brava.

¡Se armó una de palmas en el circo!... Ante el triunfo de la estocada en toda su pureza, olvidóse allí el protocolo relativo a la concesión de desperdicios bovinos a los matadores, y aquí y allá flameaban pañuelos, pidiendo el cartílago auricular del veragua para «Varelito», que parecía reacio a dar la vuelta al redondel, no sabemos si atontilado por la emoción del clamoroso éxito o todavía poco satisfecho de sí mismo.»

«Barbadillo» en *El Imparcial*:

«El matador, tras intentar valiente y repetidamente iniciar la faena sobre la izquierda, en un pase a la antigua, sin trampa ni cartón, tuvo que ir a buscarlo en otra parte, y le dió uno ayudado por alto que fué de veras superior. A éste siguieron uno natural; uno grande, de pecho, entrándose siempre en el mismo grado el nervio y la entereza de la res. Allí «había toro»; había un cornúpeto, con todo su poder, muy finamente armado, de los que no es cosa de juego estoquear. Con sólo darle

dos o tres pases más, tuvo «Varelito» cuadrado al enemigo y se tiró recto y despacio a herir; pero el acero, que entró hasta la mitad, cayó bastante atravesado, y hubo que repetir la acometida. Y entonces vimos un pinchazo magno, un pinchazo de aquéllos que el maestrazo había ya dado el lunes anterior en la corrida de Beneficencia; los aplausos fueron tan grandes, tan unánimes y grandes, como tenían que ser. Pero, ¡bah!, esto había sido un ensayo, un pálido anticipo, un leve e insignificante simulacro adelantado, de lo que al punto se iba a ver.

Y lo que al punto se vió fué que el torero, perfilado en los tercios del 2, al hilo de las tablas, frente a mi mismo asiento, para que no me lo tuvieran que contar, juntó los pies a vara y media del cornúpeto; levantó y puso de puntillas el izquierdo; lo adelantó y resbaló despacio hacia la res; dejó ir detrás el cuerpo, suavemente, en línea recta hasta el mismo morrillo; torció la mano izquierda, al dar con ella en el hocico de la fiera, para guiar la embestida hacia un lado; avanzó el brazo armado, al tocar con la punta del acero las cerdas de los rubios, y del perfecto fácil y limpio cruce del hombre con el toro, quedó éste tambaleándose, cayéndose, con el estoque clavado hasta el puño, y se desplomó inerte, mientras saludaba al concurso el matador.

Y todo ello no duró ni un segundo; todo este heroico mecanismo de los pies, de las manos, del cuerpo, del engaño, de la espada, preciso, peligroso, que aquí se tarda largo rato en describir, duró nada más que un momento matemático: el momento magnífico que necesita la admirable, per-

fecta, difícil, incomparable suerte del volapié. Ya está dicho al principio: jamás habíamos visto practicarlo mejor.

La ovación fué frenética. Dió «Varelito» la vuelta a la plaza, salió al centro, volvió a ir por ella en triunfo cuando el toro salió, y estaban ya acabando de banderillar los peones al cornúpeto, y todavía seguían sonando los aplausos como una tempestad. ¡Hay que decir que pidió el público la oreja? No fué pedirla, fué rugir; fué llenar los tendidos del unánime y vivo mandato popular de los pañuelos blancos. El presidente no la quiso conceder. Le inspiraría la negativa el asesor. ¡Pobre asesor!»

Tal fué la hazaña de Manuel en Madrid el 11 de Abril de 1920, relatada por los primates de la crítica cortesana.

La temporada de 1921, en que nos hallamos, tampoco ha carecido de triunfos y espinas para «Varelito», que para sostenerse en la altura que ha escalado, necesita poner a prueba un día y otro su temple excepcional y su entusiasmo sin límites.

Hagamos ahora una estadística de las corridas toreadas y toros estoqueados desde que tomó la alternativa, para dar por acabado este capítulo:

Años	Corridas	Toros estocados
1918	3	6
1919	37	79
1920	<u>32</u>	<u>61</u>
Totales:	72	146

En 1921, hasta el 2 de Junio, llevaba Manuel toreadas 15 corridas, con 30 toros estoqueados, cuatro orejas cortadas y sufridos dos percances.

Lo dicho:

El camino de «Varelito» no está completamente sembrando de rosas; tiene sus espinas.

En 1921, hasta el 2 de junio de este año, se
fueron 15 corrientes con 30 horas de
cargas cortadas y millas de
la obra.
El campo de Varadero no está completamente
completado de las obras con algunas

III

Acabamos de ver que «Varelito» es mucha gente en el momento supremo, y habíamos dicho al principio que en posesión de un tranquillo que en estos menesteres hace el oficio de estilo propio, es justo, por lo tanto, que su nombre figure en la primera fila como matador de toros.

Antes de juzgar a Manuel como torero digamos dos palabras de lo que hemos venido llamando *tranquillo*, con lo que queremos significar el ardid, la traza, la maña con que el ejecutante, en ocasiones sin darse cuenta, es lo más frecuente, por un movimiento involuntario, hurta el cuerpo unas veces con un quiebro instintivo, otras con un cuarteo que no hay poder humano que impida, y las más con ciertos trucos técnicos que alejan el riesgo.

La manera de engendrar la suerte «Varelito» es de las más airoas y artísticas. En corto, por lo general, perfilado en el centro de las dos astas, la empuñadura del estoque a la altura del pecho, un poco inclinado el busto, avanza arrastrando la pierna izquierda, y hasta el momento de comparejar nada hay más leal; en ese momento, cuando ya el estoque ha empezado a penetrar, el cuerpo del matador gira sobre el pitón derecho, el brazo se alarga, y con ayueda del quiebro de muleta, que no suele meter en el hocico del toro, sino que queda más alta de lo manda-

do, y de la curbatura de la cintura, salva el fiato. Preciso es reconocer que Manuel empieza mejor, más lucido, el lance, que lo acaba.

Si los toros son dóciles y bravos, de la suerte sale airoso el matador; pero como en la mayoría de los casos no son los toros nobles y boyantes, y Varé no conoce los recursos, como no sea el de echarse fuera, si no emplea éste, se suele encontrar con el percance porque, ¿habré de repetirlo?, matar a *volapié*, «recreándose, despacio, dejándose ver» sólo es posible con muy contados toros, y aun de éstos una mitad equivocando al diestro.

Pero su fama de matador de toros le obliga a serlo; en la suerte máxima le espera el público, y, ¡desgraciado de él si lo defraudara!

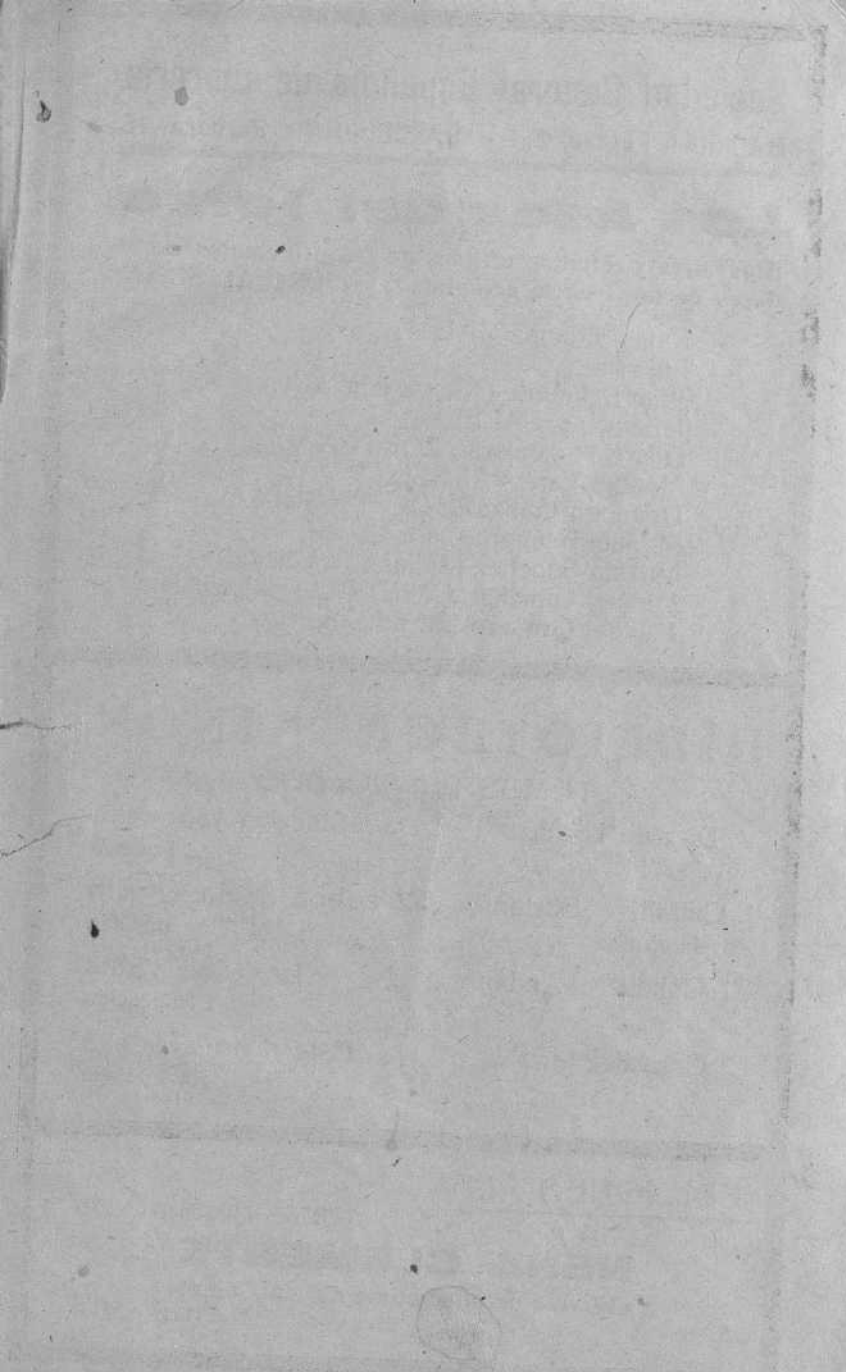
Como torero, está valiente con el capote, valiente con la muleta, y esa nota de valentía es la saliente que en su labor se puede apreciar.

Torea, ciertamente, y habrá días que unos lances suyos con el capotillo, o unos cuantos muletazos entusiasmen a las gentes; pero siempre con vistas a la *estocá*... Torero sin ella, quedaría relegado a un término muy secundario.

Mejores que él, como torero, no las «catan»; pero como él es «mucha gente» matando, mientras en eso mantenga su cartel con lo que torea, y siga aprendiendo, tiene más que sobrado.

Hombre sano, entero, un tanto jacarandoso, se asemeja en algo a los toreros típicos de otros tiempos enamorados de su oficio y satisfechos con él, aunque continuarle cueste no pocos sinsabores.

Pasa por ser un buen muchacho, y las muchas simpatías con que cuenta lo comprueban.



Sociedad General Española de Librería

MADRID : Ferraz, 21 - BARCELONA : Barbará, 16

Los Ases del Toreo

Biografías y estudios críticos de los principales matadores de toros de la actualidad, por UNO AL SESGO

Rafael Gómez GALLO

Luis Freg

Juan Belmonte (Nueva edición)

Julián Sáiz SALERI

Diego Mazquiarán FORTUNA

Manuel Varé VARELITO

Domingo González DOMINGUIN

Manuel Belmonte

Ignacio Sánchez Mejías (2.^a edición)

Manuel Giménez CHICUELO (2.^a edición)

Manuel Granero (2.^a edición)

BIBLIOTECA NINON

TOMOS PUBLICADOS

V. Díez de Tejada : **La Máscara Japonesa**
Novela erótica 1 peseta

J. Caballero Soriano : **El sabor de la Gloria**
Novela erótica 1 peseta

El Caballero Audaz : **Las dos vidas**
1'50 pesetas

E. González Rigabert : **Estela no se casa**
1 peseta

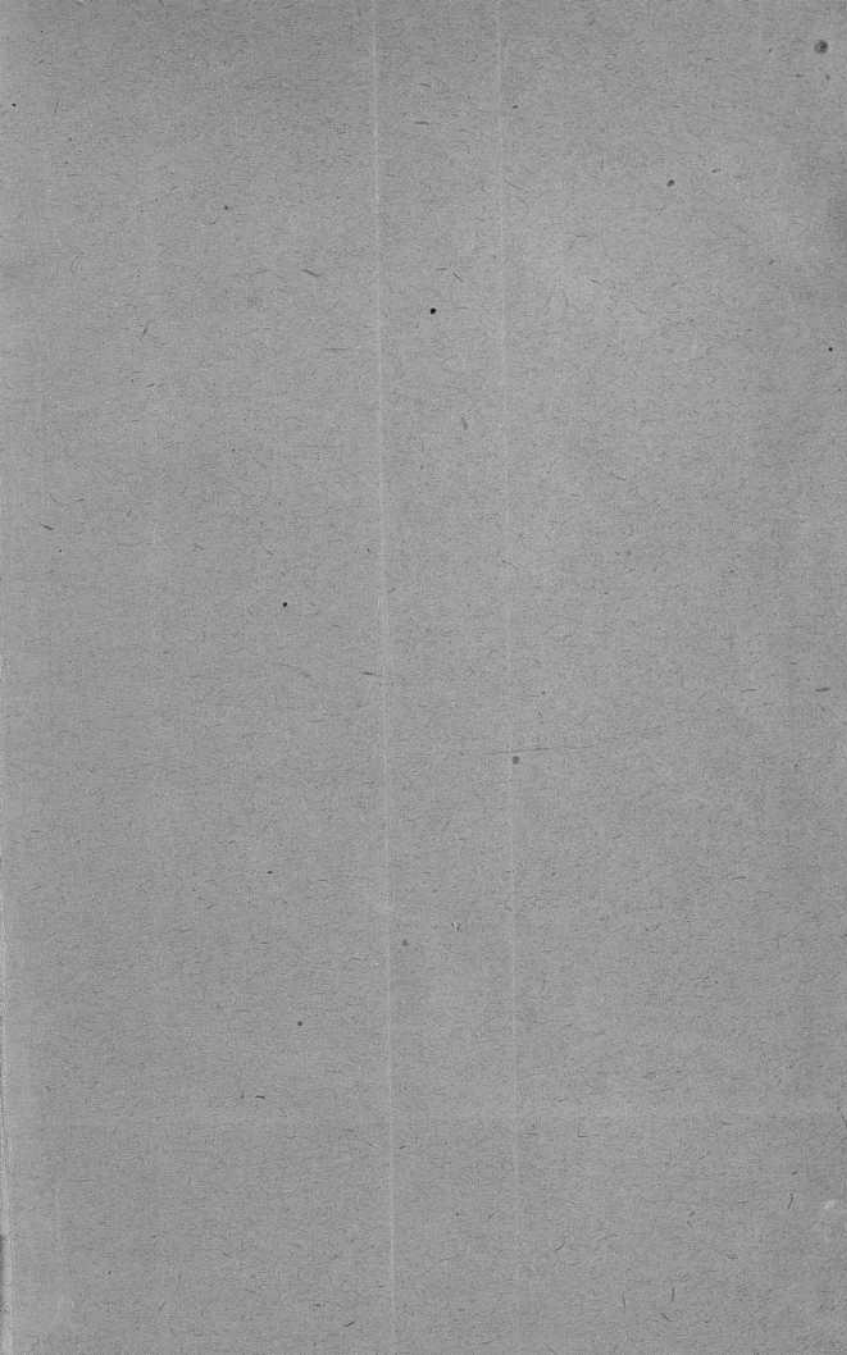
EDICIONES ALFA

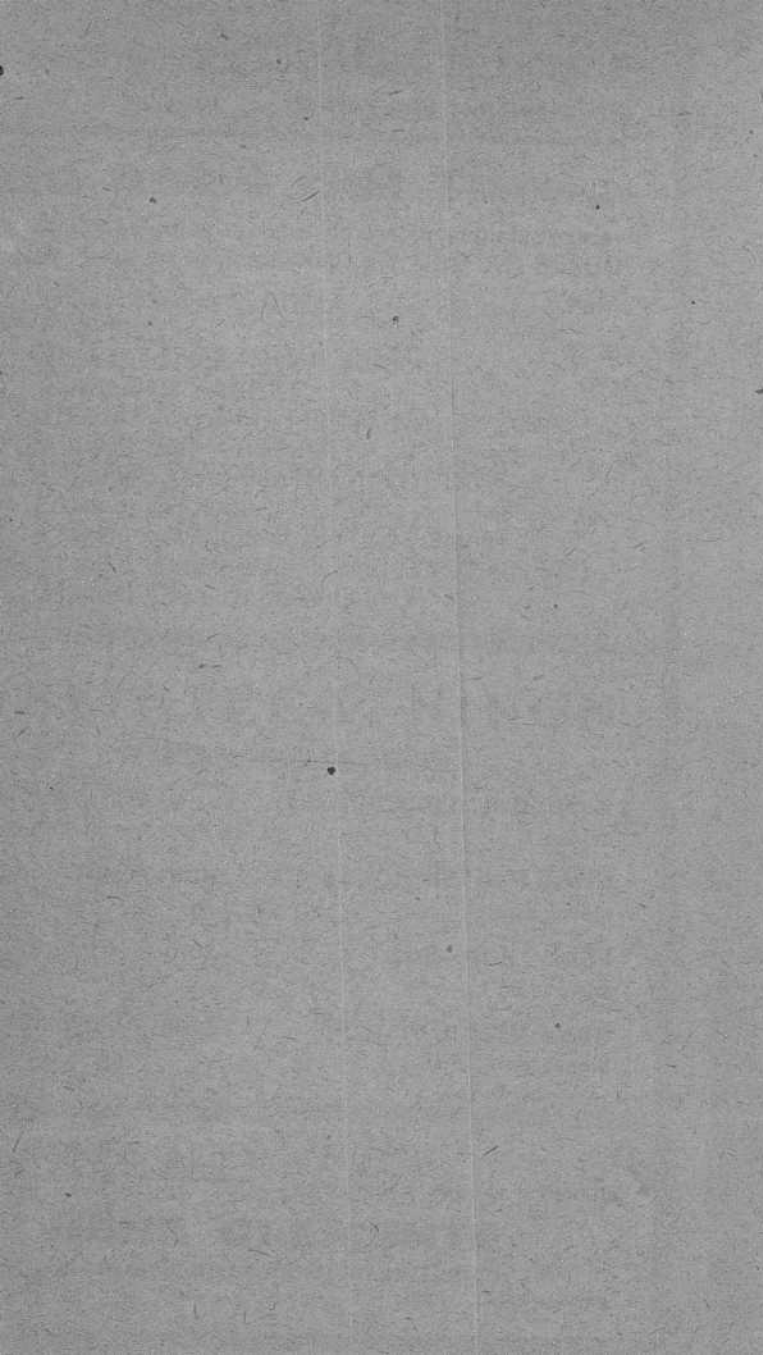
TOMÁS ORTS - RAMOS

NENA CLEMENTE

(Novela de un sentimental en Cuba)

TRES pesetas





MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Número.	372	Precio de la obra	Pesetas
Estante .	1	Precio de adquisición..	
Tabla...	8	Valoración actual.	
Número de tomos.			

3

